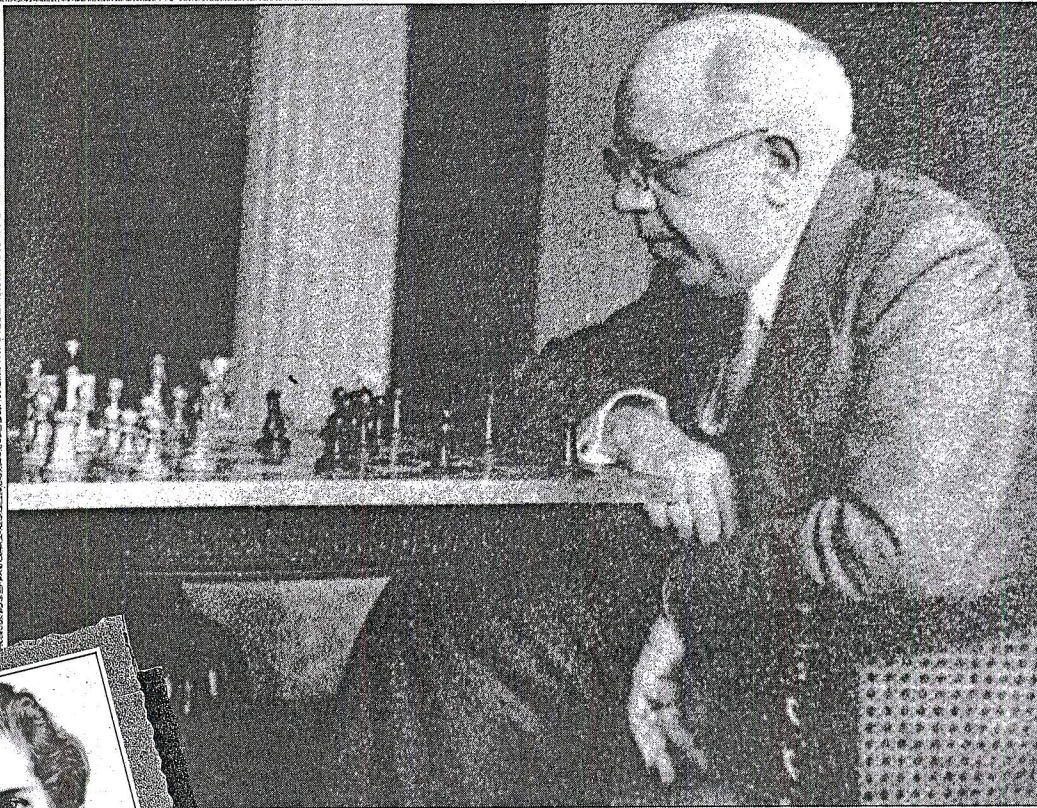


El que llegó a presidente de la Segunda República no venía de ninguna de las grandes corrientes ideológicas que acunaban a los triunfadores de los escenarios político-intelectuales de la Restauración. Venía de El Escorial, de los agustinos, y luego, de sus lecturas y paseos, de sus ensimismados pensamientos. A la derecha, Azaña jugando al ajedrez; abajo, su mujer, Dolores de Rivas Chérif.



## Un Quijote sin celada

Una carrera política asombrosa y única en la historia de nuestro siglo

SANTOS JULIÁ

“Los más finos psicólogos de cuarta plana, no pudiendo admitir que mi *carrera* no se ajustara al curso sabido y pisoteado de tantas otras conocidas en Madrid (...) se esforzaban por presentar mis años de relativa oscuridad como un sombrío y repugnante drama, a propósito para que Le Normand lo escenifique”: todo Azaña se dibuja en el retrato de sí mismo que escribe, avanzada ya la guerra, sorprendido de que amigos y enemigos se hayan empleado en descifrar un enigma que no existe “y en atribuirme un pasado más o menos novelesco, cuando no tenebroso”. No lo tenía, claro está, pero tal vez la falta de una historia pública anterior a 1930 y la súbita elevación a la presidencia del Gobierno para permanecer en ella, sea lo que convierte a Manuel Azaña, que no ha sido “nunca arribista, pedante, histrión, pedigrüño, ni menos adúlador o envidioso, sino más bien despreciativo de los tontos, burlón y bastante despachado en mostrar (sus) preferencias y repugnancias”, en un caso, único y asombroso, de la historia política de nuestro siglo.

“¡Vaya, hombre! —exclamaría el propio Azaña como ya hiciera con ocasión de un comentario de Álvarez del Vayo— ahora resulta que soy un caso”. Pues sí, un caso, y no menudo, es este Azaña que llega a presidente de Gobierno sin tener a sus espaldas una gran carrera política; un caso muy singular. Ante todo, no parece venir de ninguna parte, de ninguna de las grandes corrientes ideológicas que acunaban a los triunfadores de los escenarios político / intelectua-

les de la Restauración. Ni siquiera fue educado, como Ortega, como Pérez de Ayala, por los jesuitas: viene de El Escorial, de los agustinos y, luego, de sus lecturas y paseos, de sus ensimismados pensamientos, de sus contemplaciones, de su solitaria casa, de la calle de Hermosilla.

Y si no llega de donde soplan los aires, tampoco afina donde crecen las fortunas, políticas y otras, de los años diez y veinte: cumplida ya la treintena, pronuncia una conferencia en la Casa del Pueblo de Alcalá de Henares, pero no ingresa, como otros intelectuales, en el PSOE ni en la UGT; sale en 1911 a París becado por la Junta para Ampliación de Estudios, pero no es hombre de la Institución; se presenta como secretario en la candidatura encabezada por Romanones para la Junta del Ateneo de Madrid, pero no pertenece al Partido Liberal; firma con Ortega la Liga para la Educación Política pero no le seduce nada la figura del joven maestro y muy pronto se aleja de él; se afilia al partido reformista, pero no sigue a Melquíades Álvarez sino a regañadientes; lanza en 1924 un manifiesto de *Apelación a la República* y se revela como un demócrata radical, pero recela de los republicanos históricos y no progresa nada a su vera.

Un caso, realmente, que habría pasado desapercibido si el poderoso movimiento popular republicano, crecido en las ciudades desde la caída de Primo de Rivera, no se hubiera llevado por delante a la monarquía un día de abril de 1931. Azaña estaba de nuevo allí, como cabeza de un reducido grupo de intelectuales y profesionales de clase media que constituían el núcleo de un embrión de partido, Acción Republica-

na. Frente al republicanismo histórico y a los socialistas, su *partido* era bien poca cosa: apenas una veintena de diputados en las primeras elecciones, nada que permitiera abrigar para su jefe un destino superior al del ministro de la Guerra al que se dejó llevar en brazos de la revolución popular por haber publicado en 1919 un estudio, que nadie leyó, sobre política militar francesa.

### El poder de la palabra

Pero el aliento de sus reformas, más la rivalidad entre radicales y socialistas, más la pasmosa autoridad que imponía con su sola presencia, más el enorme poder de su palabra, hacen de Azaña, desde el mismo verano de 1931, el hombre de todas las posibles combinaciones para el futuro. No es sólo que proceda sin alharacas a una profunda reforma del ejército que le vala de la Cámara, emocionada al oír el elogio de Ortega, una ovación, sino que algunas situaciones inextricables sólo se resuelven cuando él aprieta sobre ellas el bisturí de su palabra. Así ocurrió con el célebre debate sobre la cuestión religiosa y la redacción final del artículo 26 de la Constitución: su intervención evitó en el último momento una crisis de Gobierno que habría metido a la República en un callejón sin fácil salida.

La forma en que solucionó esa crisis determinó un futuro quizá soñado pero no querido para tan pronto: con un solo discurso, presidente del Gobierno, escribe en su diario, lamentando un encubramien-

to que considera prematuro. En la presidencia, que toma en octubre de 1931 y no abandona hasta septiembre de 1933, Azaña es fiel al proyecto de democracia radical que se había forjado en su cabeza, como esquema de país futuro, durante los largos años de apartamiento voluntario. Democracia es pueblo como único sujeto de soberanía, parlamento como único lugar en que se hacen y deshacen gobiernos y República identificada con la nación española. Radical es Estado como instrumento de refacción de la sociedad: llegar a lo hondo de la vida local para arrancar de cuajo el caciquismo, levantar la pesada tutela del ejército y de la Iglesia sobre una sociedad política carente de densidad y reconstruir los viejos muros de la nación deruidos por siglos de incuria y abandono.

Lo extremo de Azaña, lo que le convirtió definitivamente en un caso fue que sin disponer de un gran partido y teniendo todos por presidente interino, enunció y se dispuso a llevar a la práctica un programa de reformas sin precedente en la historia del Estado liberal. Hemos cambiado el régimen político, instaurado la República y modificado la estructura orgánica del Estado —dirá al hacer balance de la obra de sus gobiernos—; hemos cambiado el régimen de la familia, las relaciones de los padres y los hijos, las relaciones entre los cónyuges, la relación económica en el matrimonio; hemos cambiado el régimen de propiedad, variado el estatus religioso del país e instalado en su esfera propia a poderes y fuerzas del Estado que no siempre estuvieron en su lugar. Un

## CRONOLOGÍA

**10 de enero de 1880.** Nace en Alcalá de Henares Manuel Azaña Díaz.

**1889.** Muere su madre, Josefa. Cuando al año siguiente muere su padre, Azaña queda al cuidado de su abuela.

**1893.** Es enviado al colegio de los agustinos de El Escorial, donde permanece interno hasta 1897.

**1898.** Se licencia en Derecho por la Universidad de Zaragoza.

**1900.** Presenta su tesis *La responsabilidad de las multitudes* en la Universidad de Madrid.

**1910.** Ingresó por oposición en la Dirección General de los Registros y del Notariado, de la que llegará a ser letrado.

**1911.** En la Casa del Pueblo de Alcalá pronuncia una conferencia sobre *El problema español*. En noviembre va a París a estudiar Derecho Civil.

**1913.** Es elegido secretario del Ateneo de Madrid e ingresa en el Partido Reformista.

**1920.** Funda, con Cipriano de Rivas Cherif, la revista *La Pluma*.

**1922.** Dirige la revista *España* hasta su desaparición en 1924.

**1923.** Publica artículos y folletos contra la Dictadura. Golpe de Estado de Primo de Rivera.

**1924.** Azaña abandona el Partido Reformista y se hace republicano. Escribe *Apelación a la República*.

**1925.** Funda Acción Política junto con José Giral y Martí Jara.

**1926.** Premio Nacional de Literatura por sus estudios sobre Valera.

**1929.** Boda con Dolores de Rivas Cherif.

**1930.** Asume la presidencia del Ateneo de Madrid. En noviembre pronuncia su discurso *Tres generaciones del Ateneo*. Actividad política como miembro del comité revolucionario que preparaba una insurrección contra la monarquía.

**14 de abril de 1931.** El triunfo de la República le llevó al Gobierno provisional y al Ministerio de la Guerra. Llega a la jefatura del Gobierno en octubre.

**1933.** En septiembre, Alcalá Zamora le retira la confianza.

**1934.** Funda Izquierda Republicana y vuelve a sus aficiones literarias. Acusado de participar en la rebelión de la Generalitat de Cataluña, ingresa en prisión hasta que el Tribunal Supremo decreta su libertad.

**1935.** Coalición entre republicanos y socialistas, a la que se incorporará el partido comunista y que dará origen al Frente Popular.

**1936.** Después de las elecciones de febrero, asume la jefatura del Gobierno, en la que permanece hasta mayo de ese mismo año. Elegido presidente de la República.

**1937.** En mayo nombra a Juan Negrín presidente del Gobierno.

**1939.** Abandona España el 5 de febrero y dimite como presidente de la República el 27 del mismo mes.

**1940.** Muere en Montauban (Francia) el 4 de noviembre.

Viene de la página 3

balance impresionante, que confunde con una revolución: "Esto ¿qué es?", se pregunta. "Esto ¿no es una revolución?"

Quizá —dan ganas, todavía hoy, de replicarle— pero si lo era y pretendía implantarla sobre un fondo histórico de violentos contrastes, de miseria y de lucha de clases y dentro de las clases, en un momento de profunda crisis económica, habría sido necesario disponer de una amplia base social y de un fuerte instrumento de poder. Azaña no tuvo ni una cosa ni otra. Las bases sociales de su proyecto fueron siempre débiles: no logró sostenerse, como hubiera deseado, sobre una clase de pequeños y medianos agricultores prósperos; no tuvo detrás a la totalidad y ni siquiera a la mayoría de la clase obrera y, de las clases medias, no pudo contar con los pequeños y medianos patronos, golpeados por la crisis y amedrentados por el ascenso del sindicalismo reivindicativo y revolucionario. Y por lo que respecta a las bases políticas, tampoco brillaron por su coherencia y solidez: fue presidente del Gobierno porque en aquellas Cortes no podía serlo un radical ni un socialista y porque, al no venir de ninguna parte y no ser jefe de un gran partido, no levantó recelos en sus aliados. Su fuerza le venía prestada y, moralista intransigente como era, no hizo nada por aprovechar su presidencia para hacerse un partido numeroso: en política, el jefe de Gobierno no tiene amigos ni los quiere, exclamará para alejar de su lado a la muchedumbre de pedigrifeños que de siempre han poblado en España los aledaños del poder. Entonces, ¿con qué medios contaba para llevar a cabo una obra que "en la concepción es gigantesca y en la ejecución difícilísima". "Ah, pues con casi ninguno", responde orgulloso. "Yo, por mí no tengo ninguno; no tengo más que la efusión mía en lo que tenga de comunicativa". Le bastaba, para dirigir la acción de gobierno, la palabra, "que es el gran instrumento de creación política", y la conducta, el discurso y la virtud. Y eso es todo lo que tiene, y de eso es de todo lo que presume, para emprender una revolución. Nada de extraño que, al poco de iniciarla, tropiece con ingentes y enormes obstáculos que atribuye a mezquinas pasiones desencadenadas sobre sus grandes y buenos propósitos. Pero ¿acaso puede dirigirse una obra de tal envergadura con sólo efusión comunicativa, con sólo una palabra edificada sobre el soporte de la virtud? Azaña decidió que sí, aunque lo considerase una locura: "Quijotismo mayor no cabe; acometer una empresa de esta especie con una celada de cartón y montando un caballo flaco ya sería quijotismo. Pues bien, yo no tengo siquiera celada de cartón ni caballo". Pero esa era su locura, su vocación y su propósito y no estaba dispuesto a renunciar a ella así la vida le fuese en el empeño.

Y como otro Don Quijote, también se quedó Azaña a solas con sus locuras. Caído del Gobierno, solo, o casi, pasó su primer año en la oposición. Nada simboliza mejor su soledad política que el cuarto de hora que debió pasar de pie, a la espera de un coche que nunca llegó, abandonado en una esquina de la Gran Vía de Barcelona, el 6 de octubre de 1934. Los socialistas se habían ido, rechazando su compañía, a su propia revolución, y los republicanos catalanes habían decidido, rechazando su consejo, ir por su cuenta a la suya. Mientras los primeros tomaban las armas y se echaban a la calle para instaurar una nueva sociedad y los segundos tomaban la palabra y salían al balcón para proclamar un nuevo Estado, Azaña esperaba en vano a un amigo que le había prometido conducirle a lugar seguro, en busca otra vez de refugio donde encontrarse con su propia soledad.

La posterior prisión y el anunciado juicio contra su presunta rebelión en Barcelona habrían bastado para acabar con él si

no hubiera conservado intacto su ya antiguo capital político —su intransigencia moral y la fuerza de su palabra— al que había sumado lo que comenzaba a ser un verdadero partido, Izquierda Republicana, producto de la fusión de varios grupos que aceptaron sin discusión su presidencia y jefatura. Con ese capital, y rodeado por vez primera de un torrente de entusiasmo popular y hasta de amor hacia su persona, se empleó de nuevo a echar discursos por ahí con objeto —como dice, evocando de nuevo a su señor Don Quijote— de liberar a la República de los mandrines y malos encantadores que la tenían secuestrada.

Pues, quijote de la política, Azaña no podía contemplar impávido el rumbo que tomaba la República en manos de los radicales y de sus aliados de la CEDA. Y aquí aparece de nuevo este personaje singular, tras una persecución inicua que, como ha-



Manuel Azaña.

bía temido un clarividente conde de Rodezno, había acabado por edificarle un pedestal. Encaramado a él y arropado por el calor popular, Azaña se identifica en 1935 con la República y se convierte en pieza esencial para reconstruir la unidad de la izquierda republicana y socialista rota desde 1933 y para construir sobre ella una nueva coalición, que acabará por integrar al partido comunista y al POUM y a la que los anarcosindicalistas no se atreverán a oponer su tradicional hostilidad. A la cabeza del Frente Popular, Azaña irrumpe de nuevo, dispuesto a volver a la Puerta del Sol cabalgando, como dijo, sobre la opinión pública.

La cabalgada terminó, efectivamente, en la Puerta del Sol con Azaña asomando al balcón una noche de febrero de 1936 recomendando a la multitud calma y buen tino y enviándola a casa a dormir. Pero nadie sentía sueño en aquellas semanas de nuevas y extraordinarias esperanzas: unos las manifestaron al aire libre, en grandes mítines o en huelgas generales; otros se emplearon en conspirar para hacerlas efectivas. Azaña, bulto parlante de un hombre excesivamente fatigado, anunció en tono profético que tal vez se encontrara España y la República ante la última coyuntura en la que sería posible resolver por medios pacíficos las divisiones políticas y las desigualdades sociales. Él, sin embargo, en una decisión personal en la que nadie tuvo posibilidad de intervenir, prefirió la presidencia de la República a la del Gobierno sólo unas semanas después de pronunciar su vaticinio. Y en ella le sorprendió un complot que el Gobierno, desasistido, presidido por hombres dé-

biles cuando la fuerza de las armas era lo que contaba, no supo atajar y sería incapaz de aplastar.

El enigma de Azaña —si alguno hay— no es que haya gobernado la República durante dos años sostenido en poco más que su fuerza interior, o que después de perderla la haya rescatado al frente de una coalición con varios partidos que le habían dado poco antes por muerto y enterrado. Con ser todo esto sorprendente, lo admirable es que parcialmente triunfante el golpe de Estado, iniciada la revolución social e inevitable la larga guerra, hundido el aparato de Estado republicano y desaparecida en la práctica la República del 14 de abril, se haya mantenido en la presidencia prácticamente hasta el final. Permanecer no era entonces la única opción posible: algunos insignes republicanos se apresuraron a poner tierra por medio e intentaron fabricar una tercera vía entre los rebeldes y los fieles. Azaña se mantuvo fiel a la República y a su cargo hasta cinco minutos antes de la última hora.

Como esa fidelidad se ha tomado por cosa obligada, pocos se han preguntado por sus razones. Evidentemente, no fue que cerrara los ojos a lo que estaba sucediendo en el territorio leal. Criticó con dureza la revolución que tuvo lugar en la República como respuesta al golpe militar y que él definió con rigor y lucidez como revolución sindical y regional, para cargar sobre ella la parálisis del Estado, la fragmentación de fuerzas leales y la progresiva derrota militar. Tampoco porque acariciara una remota posibilidad de victoria: jamás creyó que las milicias fueran capaces no ya de vencer pero ni siquiera de resistir y cuando la República las disolvió y las sustituyó por un ejército en regla, nunca vio el camino sembrado de triunfos. Como Negrín, pensó que era necesario reconstruir el Estado, disponer de un ejército y liquidar la revolución porque creía que sólo de esta manera las potencias extranjeras se inclinarían a apoyar a la República y forzar a los rebeldes a la paz.

Azaña permaneció en la presidencia, ejerciendo su autoridad pero desposeído por completo de poder, porque creyó que la última y fragilísima posibilidad de una paz con los rebeldes dependía de que las instituciones republicanas se mantuvieran en pie. Esa última esperanza, que le impulsó a hablar contra la política de exterminio y de venganza y de la necesidad de perdón y reconciliación, se le esfumó también enseguida y de ella no quedó nada desde principios de 1938 cuando fue evidente que el ejército de la República no cosecharía ningún triunfo y que las potencias democráticas no harían nada por forzar la mano de los rebeldes a una paz negociada. Azaña, sin embargo, tampoco abandonó entonces, como Prieto, como tantos otros: duró todavía en la presidencia un año más, ahora ya como un quijote privado de toda esperanza, como un desesperado.

Este es el último Azaña: un hombre que ha tocado con su mano en el fondo de la nada, no sabe ya si es un precursor o un retrasado, pero está seguro de que "viviremos, o nos enterramos (o quedaremos de pasto para los grajos) persuadidos de que nada de esto era lo que había que hacer". Su desesperación no fue suficiente, sin embargo, para arrasar su lucidez: escritos en el exilio, con el cuerpo y el alma destruidos, sus últimos artículos sobre la guerra en España, sus causas y su naturaleza, libres por completo de resentimiento y de rencor, han quedado como última muestra de la mirada penetrante de un político que se propuso renovar la historia de España, marcar un nuevo origen y fundar un nuevo tiempo, sin poseer siquiera una celada de cartón ni un caballo flaco.

Santos Juliá es historiador, autor de *Manuel Azaña, una biografía política*, de inminente aparición en Alianza Editorial.

